

January 1971

Crónica de la procesión del viernes santo en Valladolid

Jorge Castaño Castillo

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Castaño Castillo, J. (1971). Crónica de la procesión del viernes santo en Valladolid. *Revista de la Universidad de La Salle*, (1), 48-53.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

CRONICA DE LA PROCESION DEL VIERNES SANTO EN VALLADOLID

Por Jorge Castaño Castillo

Como el año pasado, después de mi reseña sobre la Procesión de los gitanos en Granada, iremos este año a Valladolid, la castiza y castellana Villa, donde murió nuestro Descubridor, cuyo origen causó tanta polémica.

Los Viernes Santos, la Procesión llamada "De la Caridad y de la Penitencia" que en 1970 fue patrocinada por Colombia, Chile y Argentina.

Intervienen allá dos grandes cofradías del Santísimo Cristo del Perdón y de la Preciosa Sangre de Nuestra Señora de la Piedad. Todos sus Pasos atraviesan la plaza de San Pablo, sitio del nacimiento de Felipe II, en el mismo lugar que hoy ocupa la Municipalidad, donde se mecía la cuna del terrible Rey, "Todo de Negro hasta los pies vestido". Esa efemérides tan historizada e histórica, data nada menos que de 1527, a pesar de lo cual podemos ver todavía la reja partida a la entrada del vetusto Palacio donde el Monarca recibiera sus aguas bautismales.

Momentos de grandeza lejana, cerca del Altar del Rey, melancólicamente recordados, mantuvieron nuestra ánima aterida de belleza y solemnidad. Emergían de la sombra como gigantes armados de espanto, las siluetas del Palacio de Gondomar, sobre la Plaza del Sol, obra levantada en 1599, habitada ahora por las monjas oblatas, mantenedoras inflexibles de la Cofradía en la gran Capital Castellana. La nocturna odisea de los cristianos bajo la lluvia universal de la Semana pía, se mantuvo resignada y hierática todo el tiempo que duraron los pasos, consagrados por hilos verticales del oscuro cielo, así vinculado a la oblación piadosa sobre la urna móvil de la multitud que se mecía, como un temblor de cunas colmadas de llanto, luz y canciones.

La Imagen de Nuestra Señora de la Piedad conmueve hasta el más escéptico. Qué temblor de belleza la de esas manos tendidas hacia los corazones en un llamamiento de conversión. Qué dedos de paloma aleteantes sobre las cabezas de los feligreses ateridos por la piedad y el frío. Qué mirada enternecida de angustias sobre el cuerpo macilento del hijo flagelado, desmayado a los pies de una vida sin comprensión en su momento redentor, pero ahora, desde hace siglos, convertida en tea cambiante que penetra, con sus reflejos, hasta la entraña de la humanidad indolente. Y más atrás, en breve distancia de sombra, el monumental estrado móvil del Cristo del Perdón, tallado a escoplo y navaja en mínima llovizna de viruta, nada menos que por Francisco Díaz de Duranca en el Siglo XVII, seguramente iluminado por el milagro de la transfiguración de un arte pagano hasta sentir su pulso convertido en uno de los cuerpos sagrados de mayor valía en el mundo de la imaginería cristiana, la misma que se adormece en las llamas pascuales de esa cultura catedralicia española, que encierra en el gran museo de tallas indecibles y magistralmente barrocas, donde cada figura está mejor consagrada por la belleza que por la piedad. Ese recinto es el más vasto y valioso de la cristiandad esculturada, y se guarda en Valladolid para asombro del arte y de la fe.

España tiene la virtud de sostener el culto de sus mayores y de sus Prelados, de sus artistas y de sus bandoleros, de sus toreadores y de sus poetas, todo recubierto por las sinfonías de sus colores coruscantes, que de tanto parecerse al arte puro terminan por convertirse en él. Por eso no se olvidan las tradiciones ni los paseos, las procesiones ni las danzas, las razas ni los libros, los crímenes ni los arrepentimientos, porque ese su pueblo adolescente y niño vive y crece en olor de grandiosidad, en la leyenda de sus tragedias y sus glorias, perfiladas esculturalmente en el amor y el dolor de sus padres y mayorazgos.

En aquellos Pasos del Viernes sacro de Valladolid cuando la noche es su más preclaro día, plañan las violas y los cornetines, mientras los arabescos de los mantones y los encajes de las mantillas dejaban penetrar la lluvia en las moñas y en las espaldas de las mujeres acompañantes de su Patrona de la Piedad. Qué tanto podía incomodarlas una lluvia más, si pensaban en el perdón y en la compensación de sus culpas, pues para eso estaba la gran Madre inclinada sobre la agonía del Cristo magistral y bondadoso.

"Hemos echado siete llaves en el alma, decía un penitente, y tenemos que abrir el corazón como una flor tardía, para que el agua de vuestro perdón como la de vuestro costado en la agonía, se convierta en un diluvio de perdones desde esta noche, y anegue para siempre hasta los resquicios del egoísmo, la malicia y el odio".

La oración en coro es meritoria y valerosa. Predica el arrepentimiento en las inflexiones e intenciones de la palabra. Con ellos, con los coros, los cornetines y los tambores adquirirían un eco más profuso y solemnizante al pasar frente a los paredones del Museo de las esculturas, al son muy ronco de las matracas que resonaban, secas y tenaces como el carácter de un castellano.

De esa historia del Romance castizo es fácil recordar a doña Violante que tan honda huella dejara a sus contemporáneos del 1276, entre los misterios indescriptos del Monasterio mudéjar que allá se conserva todavía.

La Institución Landáceri, según se proclama en esas noches de procesionales, se ha preocupado por mantener en alto el honor del Restaurador de las tradiciones más que medioevales, omnipresentes en sus altares vallesoletanos, nocturnos y poblados de capinetes y cingulos atados a la cintura de cargadores de hombros penitentes, sangrantes y tapados hasta la planta de los pies. Como si todos no adivinaran sus pecados, pasan más inclinados y compungidos, sigilosamente, en un acto de ecuménico amor hacia su imagen, frente al Palacio de la Diputación Provincial, temerosos de despertar a su remoto dueño Don Felipe, titulado desde 1527 hasta 1598, símbolo el más acusado del tradicionalismo español.

Su estatua en piedra, contemporánea de la gloria de Cervantes, allá en Valladolid y en ese sitio, mira los siglos como los siglos lo miraron, bajo su capa terrible que pudo acallar ese corazón gélido para que no se fugara a perturbar de un todo la historia del continente, en medio de sus errores más grandes de su gloria. Menos mal que Don Felipe Segundo mira hacia la Basílica, sede de sus muchas devociones, aún cuando todas las contrarrestara con las decisiones tomadas en el sombrío Palacio de la Inquisición que amara, tanto como sus pasiones conquistadoras su Fé religiosa. Noches de penitencia y caridad como la de esas horas místicas, que solo mixtifican los turistas sin historia, reajustan el

carácter de un pueblo y lo colocan frente a sus tradiciones y a su sangre y sus errores, a los mausoleos de sus mayores, dormidos en la ceniza sepulcral, pero intactos en el nombre creador de sus estirpes.

Cofrades embudidos en sus túnicas y capirotos renegridos, con la cruz de dos escalas en rojo sobre su pecho, son los descendientes de los cruzados de una historia que se hizo eterna en su Orden del Santo Sepulcro, los mismos mantenedores de un pasado que no esfumaran los fenicios ni los moscovitas, porque aún se demora algo de la grandeza de alma en acciones significativas de caridad. Rememoremos aquella divulgada y conocida en toda España, cuando en las mismas horas preparatorias de la Procesión de Nuestra Señora de la Piedad, son libertados tres presidiarios rematados con sentencias, con la mera y somera condición penitente de acompañar a su Patrona bajo el capuchón piadoso, desde el jueves Santo hasta siempre jamás. Hay que salvarse juntos, vociferan esa noche, hay que volver unidos con la Madre hasta la Casa de Dios, porque El lo merece con su entrega a la Cruz y al dolor de la Virgen piadosa, pero también a la talla prodigiosa de Gregorio Fernández, cuyo escoplo debió convertirse en estrella detenida en la Corona de la Inmaculada, flor irradiante de belleza y perdón.

Muy buen lugar de mi alma ha sido tocado con los recuerdos encendidos de la Semana de Pasión, Semana de Sacrificio y de Oración. Ese sitio frágil y purificado transitoriamente en la función de un corazón ya herido, es el mismo caminar memorioso de hace muchos lustros, el deslizamiento de la niñez que ora y llora durante los sueños que retrotraen con extraña frecuencia, durante el onírico milagro del reposo, la Imagen también milagrosa y adorable de nuestra propia Madre, la Virgen de Nuestra Piedad... Ella también se desliza entre luces, multiplicadas por nuestra perdida ingenuidad infantil, en una penumbra inacabable de amorosa evocación.

Volvemos a contemplar, entonces a los cofrades de hábito granate que alguna vez, en la provincia niña, acompañamos a paso lento, recamados en sus negros encajes y en las insignias categóricas, imitantes de los símbolos de la Pasión, sus clavos, la corona perversa, los hierros de tortura, el martillo, las lámparas cómplices que alumbraron el deicidio, la flagelación, el dulcemente lento camino de rubíes que viajaban de las sienas hasta los plie-

gues de la túnica del Señor. Las risas torvas de la humillación y el agravio, el cetro de caña basta, las espinas empotradas en la frente sudorosa, inclinada hacia el piso del desprecio y la ingratitude del hombre enceguecido.

Volvemos a ver en esa ordalia de evocaciones españolas, la valentía de los caballeros mutilados que se arrastran en sus sillones de tortura, o van del brazo de sus amantes hijosdalgos, allá en Valladolid, como pudieron ir los abuelos en nuestras humildes memoraciones santas, o el tembloroso señor de Arimatea que esperaba su muerte para sepultarlo entre hierbas aromadas por el canto de las aves del monte.

Allá también, lo mismo que en nuestra niñez, los ancianos acompañaban las Procesiones casi a rastras, mientras sus ojos opalinos, circundados por el halo senil, mínima corona de sus historias, de sus batallas y sus sueños, los dejaban llorar como se llora por la patria perdida o por el amor olvidado. Ambas a dos dejan una secuela evidente y oscurecida que ni la luz ni el milagro redimirán jamás. Allá en Valladolid se ven los mutilados que se niegan a permanecer en sus lechos de miseria fisiológica y se hacen sacar a cada celebración de la Semana Santa, porque aspiran a elevar, voz en cuello, la que va a ser talvez su postrera plegaria, su último evangélico grito de oración y de arrepentimiento ante el moreno bamboleo de su Cristo Señor, como ellos herido, como ellos hermano en infortunio, como ellos cicatrizado y estoico.

Eso es España todavía. Una Procesión y una Oración que se tienden por el orbe católico como un rico mosaico de piedad, de barroquismo, de movimiento y de quemantes luminarias recordatorias. Sus alumbrantes y alumbrantas de la Santa Semana, llevan en los puños ateridos por el gesto invernal, no una llama al viento sino muchos siglos de fiereza, de piedad, de tradición y fervor, de dureza de carácter, de ardor de lágrimas, —lava de su volcán interior— que no se derrite siquiera al contacto de su arrepentimiento pero sí de un amor sagrado que se pasea en la sombra.

Todo este mundo evocador y personalísimo, sabe andar al sonoro compás de los herrajes payaneses y vallesoletanos, matritenses o granadinos, mientras los Pasos mueven su ritmo corto en un gallardo deslizamiento que aplasta, como el pecado oscuro, sobre los hombros tensos y broncos de los cargadores. América

toda reza al rumoroso paso de la península maternal, regada a un tiempo con la sangre vertida en la Conquista del Calvario.

Es la calle de la Amargura que se extiende desde la Casa de Pilatos hasta el Huerto, y se quiebra en la esquina que lo llevó a la muerte. Así configuran allá nuestra vía dolorosa, nuestro camino necesario, nuestro destino cenizoso. Por eso sollozamos ante las esculturas ínclitas del gran Museo, bajo la mirada misericordiosa del Cristo del Perdón y el gesto, trágico y dulce, de nuestra Señora de la Piedad que representa, en reto a la injusticia de los hombres, la Quinta Angustia de la Virgen Madre, imagen oriunda también del siglo XVI, por la mano pródiga del señor de Fernández. Los profesionales de la ciudad, los afortunados y los tristes, los magistrados y los jueces, todos oran y contemplan a la Madre bajo sus togas de morado y malva, ya en los umbrales de la blanca primavera que mañana verán alegremente, porque pudieron escampar bajo los tres árboles de la Consolación en esta noche de angustia y de esperanza... La única Semana de la Pasión sin pasiones esta, que merece vivirse eternamente. Lo bueno que nos resta queda cubierto por el Manto de un Madre.